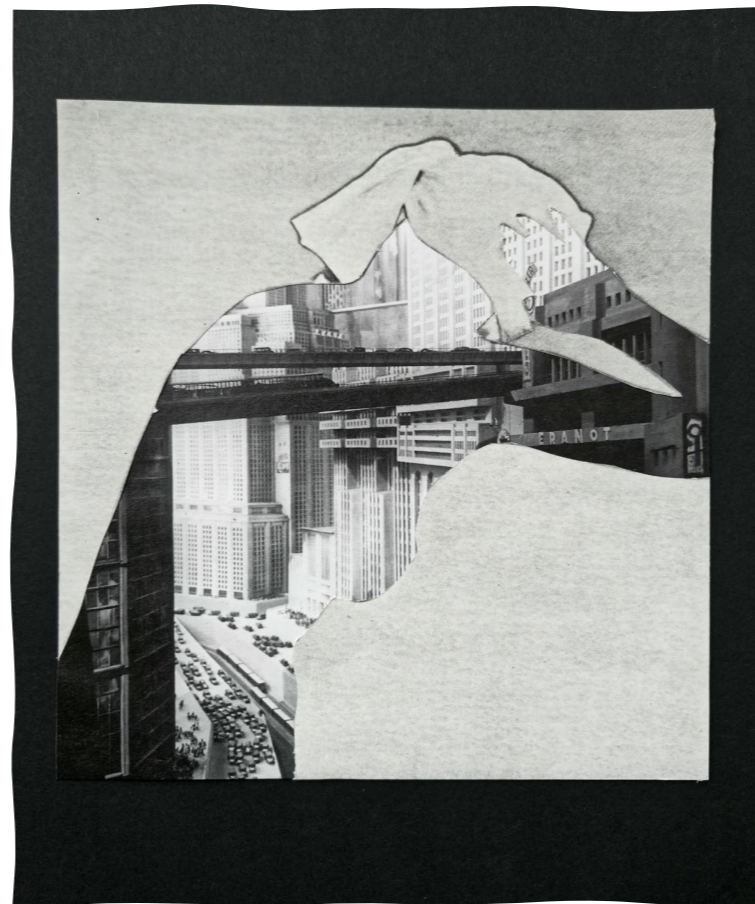




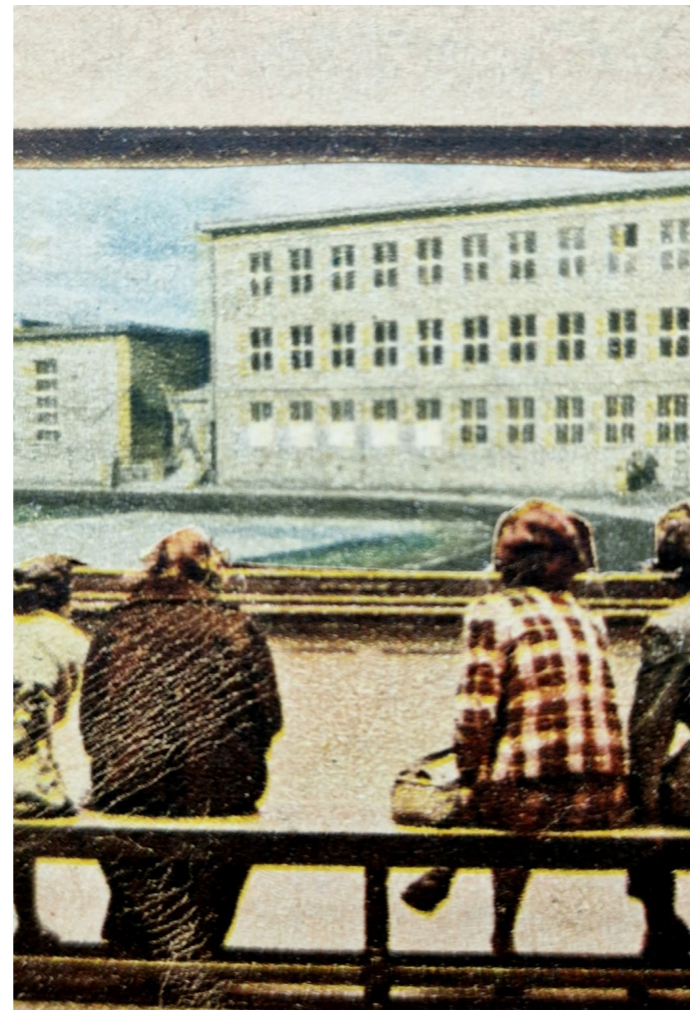
**Arquitect@s & Co #7**

# Arte callejero en el espacio público



Artista invitada

# Alicja Plocikiewicz



# Arquitect@s & Co

Colectivo multidisciplinar que, con la excusa de la Arquitectura, se junta para hablar de las personas y de la vida.



Julián Baena



Eva Gómez-Fontecha



Eduardo Solana



Magda Plocikiewicz



Sergio de Jaime



Camino Cabañas



Joana García



Mayo Villasante



# Arte urbano y transformación de nuestras ciudades

Joana García Puyuelo  
Arquitecta

# Un recorrido en tres imágenes

## BILBAO

Pensando en la relación entre ciudad y arte urbano me viene a la cabeza una imagen de mi ciudad natal que me resulta sugerente. Se trata de la palabra *SOÑAR* plasmada sobriamente por Spy en una medianera del bilbaíno barrio de Olabeaga.

*SOÑAR* es visible desde la suficiente distancia como para entender de un solo vistazo el contexto que la rodea. Por un lado, la imagen de la histórica Grúa Carola delata el pasado industrial de la zona y, por el otro, grúas de otro tipo revelan el proceso de transformación que está viviendo esta parte de la ciudad.

Para este grafiti se pidió a los vecinos que escogieran una palabra y la elección me resulta reveladora porque creo que encierra en sí misma una de las principales vocaciones del arte urbano, hacernos soñar colectivamente con el futuro de nuestro entorno y con cómo queremos habitarlo.



# Un recorrido en tres imágenes

## MADRID

Lamentablemente, no son pocas las ocasiones en las que el arte urbano se acaba alejando de esta función y, de forma más o menos complaciente, se convierte en una herramienta para procesos de transformación no tan deseables como la gentrificación.

Pienso ahora en aquel mural de Blu que lucía hace unos años en Madrid Río. En él un simpático corro de hombres metiéndose la mano en los bolsillos los unos a los otros, conseguía lanzar un mensaje que congelaba rápidamente la sonrisa de los que paseábamos por allí.

Este mural fue convenientemente borrado poco tiempo después de que construyeran un nuevo centro comercial en el solar de al lado. Posteriormente fue sustituido por otro, mucho más amable, colorido e instagrameable del archiconocido Okuda perdiendo así un espacio de oportunidad para la reflexión. Porque a nadie le apetece pensar en el capitalismo después de una tarde de *shopping*.



# Un recorrido en tres imágenes

## MÁLAGA

La relación entre el arte urbano y la gentrificación es compleja y, con frecuencia, paradójica. En ocasiones, el arte urbano aflora espontáneamente en barrios vulnerables como denuncia de su marginalización, pero al hacerlo los vuelve atractivos a las miradas de quienes buscan incansablemente oportunidades para activar los mecanismos de la especulación.

Entonces, si el arte urbano tiene esta influencia en la transformación de las ciudades ¿podemos pedir a los artistas que sean sensibles a su entorno y su contexto?

Me gustaría acabar con una imagen que es a la vez una ausencia de imagen. Es la del vacío que han dejado los grafitis borrados de Dadi Dreucol en Málaga. En esta ocasión los ha borrado él mismo espantado por cómo el modelo de ciudad neoliberal ha conseguido dar la vuelta a su significado y convertirlos en el decorado de fondo de la turistificación.

Los artistas, a menudo infravalorados en un país que nunca ha hecho gala de una gran sensibilidad artística, no son los



responsables de esta situación. Tampoco lo es el ciudadano de a pie que suele ser el primer afectado por los efectos de estos fenómenos urbanos.

Me gustaría imaginar qué pasaría si todos nos inspiráramos en el ejemplo de Dadi Dreucol para separarnos de aquello que no nos representa y en lo que no queremos convertirnos y nos paráramos otra vez a soñar.



Magdalena **Plocikiewicz**  
Filósofa y Socióloga urbana

El arte callejero esconde detrás un complejo ecosistema, un delicado equilibrio de relaciones, una intersección de necesidades cuya expresión transcurre en el espacio público, dominio de todos, con visibles e invisibles cotos del poder.

Como figura central de la escena tenemos a un/a artista callejero/a, personaje *sui generis* dentro del universo del arte en su afán por conquistar el espacio público y llamar la atención del transeúnte sobre su actuación incrustada en el lienzo urbano de forma más o menos sutil, con intención de sorprender.

# El momento del asombro



# El momento del asombro

El arte en general nace a partir de la libertad de expresión, sin embargo, en la calle, esta libertad se manifiesta hasta sus últimas consecuencias, las de pagar una multa, asumir la limpieza de la pared o perder el instrumento musical.

El artista callejero es querido y denostado a la vez, bien visto y molesto, romantizado y tratado como un mendigo. Su público es potencialmente todo el que está en un sitio y un momento determinado, y a su vez nadie que ha comprado un billete o ha entrado intencionalmente en una galería. Sus seguidores, acérimos y detractores, tienen sensibilidades e intereses opuestos porque su *performance* impacta de forma diferente entre vecinos y transeúntes. No es lo mismo sorprenderse por un par de canciones del músico callejero que oír la misma música de forma no deseada durante varias horas al día por vivir cerca de donde actúan los *buskers* o *performers* callejeros. Una pared llena de grafitis o *paste-ups* puede resultar pintoresca para los visitantes del sitio y al mismo tiempo reducir la percepción de seguridad para los habitantes. En el imaginario social, los lienzos improvisados crean un ambiente inspirador para unos y siniestro para otros.

Quien de forma más o menos exitosa, permisiva o restrictiva, actúa como mediador entre los fans y *haters* del

arte callejero son las autoridades municipales. Con afán de control social o de garantizar la convivencia en el espacio público, los ayuntamientos establecen distintas reglas hacia la *performance* callejera, estrechando o ensanchando los márgenes de actuación de l@s artistas mediante un programa de licencias, permisos y horarios. Ahí es donde la libertad desbordante del espíritu artístico topa con la legalidad. Las intervenciones de artes visuales, que toman las paredes como galerías, quedan en su mayoría de lado oscuro y fuera de lo permitido, exceptuando los murales por encargo y las paredes destinadas específicamente a grafitis u otras intervenciones permanentes o semipermanentes.

No obstante, entre el negro y el blanco tenemos una zona gris donde los artistas callejeros visuales intervienen en lo efímero, por ejemplo, la basura. Colchones manchados, sillas rotas u otros desechos, depositados al lado de los contenedores para ser recogidos por el camión de la basura, pueden convertirse en objetos de arte de protesta audaz.

Véase la obra de [@artistrash](#). Otros artistas como [@bàlu](#) entablan con el observador un juego interactivo que redirige al interesado hacia la galería que el propio artista

# El momento del asombro

regenta. La reproducción de sus posters callejeros, insertados ilegalmente en las vitrinas urbanas reservadas a la publicidad, están disponibles para la venta durante los días que dura su obra en la calle antes de ser retirada.

Hay artistas que definen la actuación callejera como su proyecto vital, su *raison d'être*, donde conectar con el público es parte esencial de la experiencia, tanto para el artista como para el espectador, véase el documental **Busker**. La interpretación callejera de los músicos y artistas performativos requiere de altas dosis de improvisación con elementos inesperados del entorno como la lluvia, el ruido urbano, los otros artistas, los transeúntes no interesados, los vehículos, las interrupciones, los pájaros sobrevolando... Todos estos elementos hacen que cada performance callejera sea irrepetible.

El arte callejero, sea *performance*, baile o música, constituye un patrimonio tangible o intangible que cocrea la identidad del lugar o, visto desde el punto de vista del *branding* de la ciudad, define la marca y constituye un ritual urbano. La actividad callejera espontánea es escurridiza para la legislación y topa

con un amplio espectro de reacciones entre todos los que somos usuarios del espacio público. Según los estudiosos de la psicología ambiental (Robbie Ho, Wing Tung Au), los lugares con presencia de arte callejero performativo tienen mayor permanencia, preferencia e índice de bienestar (concentración, relajación, introspección). El arte callejero cambia profundamente la percepción del espacio público, añadiendo una capa de paisaje visual o sonoro que cautiva y, finalmente, nos ofrece un momento de estar "aquí y ahora", una experiencia emocional, un asombro.



Eva **Gómez-Fontecha**  
Periodista y escritora

En 2018 **Camille Hanson** sacaba a su compañía de baile a una calle de Madrid para adherirse a una campaña de Greenpeace contra la celebración del Black Friday. Hanson coreografió el lento paseo por una zona comercial de un grupo de bailarines vestidos de transeúntes que portaban el cartel: *“no compres, crea”*.



**La ciudad  
emocionada**

# La ciudad emocionada

Si yo hubiera estado ese día en aquella calle, me habría unido a ese grupo danzante y activista, y a buen seguro habría dejado de sentirme atrapada en la cápsula individualista que caracteriza hoy nuestras ciudades.

El arte busca antes que nada el nacimiento de la emoción. Así explicaba el gran **Alberto García Alix** su carrera fotográfica en una entrevista en el podcast *Carne Cruda*: *“Hay muchas realidades y al fotografiar yo elijo una de ellas. Lo auténtico ahí es la emoción que genera la imagen y la emoción de mi mirada”*.

La idea expresada por Alix me pareció idónea para definir también lo que genera el arte callejero (distingámoslo del arte urbano): una cascada de emociones que despierta nuestra sensibilidad psíquica y epidérmica. Y al sentirnos así estimulados, nos despertamos y entregamos a la construcción de “un algo” colectivo mucho más interesante. Nos abrimos a conocer y a relacionarnos con “los otros”.

El arte callejero se caracteriza por la imprevisibilidad y espontaneidad a modo de *“malas hierbas”* (las más terapéuticas por otro lado) que nacen en los intersticios de la ciudad. El arte callejero surge para comunicar

comunicar una protesta, para forjar una identidad, para desempolvar las conciencias. En un estado menos primario, nace también para vehicular la consagración de los artistas, necesitados de galerías donde exhibir su trabajo, recibir encargos y ganarse el sustento.

Al hacerse conocido, el arte callejero puede cambiar de estado, pasar de líquido a sólido, consagrarse (hacerse sagrado y reconocido) y convertirse en arte urbano. La **Panartería** en Madrid es una de las muchas galerías que han sabido recoger esta semilla callejera y luchan por que el artista encuentre su hueco y su dignidad.

Así empezó el indiscutible y aún anónimo **Banksy**, quien no quiere ser sistema por mucho que éste le aplauda y publique. Banksy es como un eterno Robin Hood que quiere seguir siendo libre y callejero.

No puedo evitar pensar en el arte callejero como una demostración de humanismo que brota desde nuestras entrañas, como ese *élan vital* del que habló el filósofo **Henri Bergson** que actúa a modo de conciencia pegamento y nos lleva a establecer relaciones mejores con nuestra comunidad y con nosotrxs mismxs.

# La ciudad emocionada



Compañía de danza Camille Hanson, 2018

Julio Cortázar me llevó a esta conclusión cuando leí su relato Graffiti, que dedicó a Antoni Tàpies en 1980.

*Nunca habías corrido peligro porque sabías elegir bien, y en el tiempo que transcurría hasta que llegaban los camiones de limpieza se abría para vos algo como un espacio más limpio donde casi cabía la esperanza. Mirando desde lejos tu dibujo podías ver a la gente que le echaba una ojeada al pasar, nadie se detenía por supuesto, pero nadie dejaba de mirar el dibujo, a veces una rápida composición abstracta en dos colores, un perfil de pájaro o dos figuras enlazadas. Una sola vez escribiste una frase, con tiza negra: A mí también me duele. No duró dos horas, y esta vez la policía en persona la hizo desaparecer. Después solamente seguiste haciendo dibujos.*

Ahora cada vez que paseo por una ciudad estoy deseando encontrarme con esos rasgos de vida inesperados que me hablan de lo que es en verdad un lugar, de las personas que le dan forma, y de la suerte que tengo por sentirme por ello emocionada.

# La calle es nuestra<sup>©</sup>

Eduardo Solana  
Arquitecto

La imagen de un músico tocando el violín en una plaza de la ciudad lleva a uno, inevitablemente, a recordar lo que escribió Leonardo Benevolo hace más de cincuenta años:



*“Según la nueva praxis urbanística, el punto de contacto entre los intereses públicos y los privados está situado en el límite que separa los bloques de edificios de los espacios comunes necesarios para su funcionamiento. Debido al carácter claro y esquemático de esta contraposición, tanto los espacios privados como los espacios públicos tienden a hacerse homogéneos (...), y la variedad de los ambientes públicos tradicionales se funde en una secuencia de espacios vacíos, ligados a los volúmenes de los edificios mediante relaciones constantes (...).*

*La plaza tiende a perder el carácter complejo que tenía en la ciudad antigua, y se reduce a un ensanchamiento o un cruce de calles; las calles parten más de los vértices que de los centros de la figura perimetral”.*

Benevolo escribía sobre el urbanismo del Movimiento Moderno, pero ahora, en el primer cuarto del siglo XXI, pareciera que lo que seguimos llamando urbanismo sólo es posible en los términos descritos más arriba. Algunas cosas dan cierta débil esperanza a los pensadores heterodoxos (se habla ahora de urbanismo táctico, como si estuviéramos inmersos en una batalla), pero el panorama, en general, parece hacer plausible una relectura de Benevolo en términos actuales.

Yendo al caso urgente que nos ocupa: ¿dónde se pone a tocar el violinista en el año dos mil veinticinco?

Podemos proponer, como hacemos a menudo, un experimento mental. Digamos que una violinista sale a la calle con la necesidad de ganarse unos euros, o quizá de averiguar si ahí fuera hay oyentes que puedan disfrutar de su interpretación. Desafortunadamente, es invierno y la temperatura de la tarde (ya casi noche) es muy baja; casi hiela. El violín es sensible a esas temperaturas tanto como la violinista, así que ésta decide entrar en un centro comercial climatizado. Se detiene en una de sus plazas (así denominadas por los propietarios del centro), abre su estuche, monta su atril y ataca un concierto de Vivaldi. La pregunta que nos hacemos es cuántos minutos tardará la vigilancia de seguridad del centro en invitar a nuestra violinista a abandonar el edificio. Presumimos que no muchos.

Sin embargo, cabe suponer que el mismo ejercicio en una plaza pública tendría bastante más recorrido. En primer lugar —y obviando el riesgo de hipotermia— habría que saber si la ciudad en cuestión dispone de una ordenanza de ruido o que regule la música callejera; si no fuera el caso,



la violinista podría seguir tocando toda la noche. Incluso si esta actividad estuviera regulada, habría que contar con la paciencia de los vecinos para con la música de cámara barroca antes de ponerse a gritar por la ventana o llamar a la policía; esto le da a la intérprete cierta esperanza de que, si esa noche está inspirada, quizá pueda tocar más rato. Volviendo a Benevolo: la idea, ya repetida en otros textos, es que el urbanismo es una actividad esencialmente política. Esa condición viene dada del encuentro dialéctico (diríamos, en términos hegelianos) entre los intereses espaciales y económicos de lo público y de lo privado. Parece que hay una marcada vocación de lo privado de intentar obtener el máximo beneficio de cualquier cosa, sin importar de quién sea; en el caso del espacio público esto puede derivar en un intento de ocupación o incluso apropiación del mismo para obtener un rédito. En el caso de la violinista callejera, el rédito, ciertamente modesto, serían los euros que algunos

oyentes le dejen en el estuche del violín. En el caso de, imaginemos, unos grandes almacenes, serían las ganancias económicas de la ocupación temporal de una plaza para instalar una *pop-up store* en período navideño. Uno cree que no hay distinción conceptual entre ambos. Para que se dé cada uno de estos dos casos debe existir un urbanismo que lo permita (que facilite los espacios y usos que lo permita, como por ejemplo una plaza despejada), y también un soporte legal en el que encajen las actividades, pero, sobre todo, una voluntad política de permitir que ocurran. Dado que, hoy en día, la política representa la expresión más perfecta de la ilustrada voluntad de los ciudadanos, la inevitable conclusión es que no hay nada por lo que preocuparse.

# El (no) arte y la protesta (urbana)



Julián Baena  
Arquitecto

En la ciudad contemporánea se ha generado desde hace unas décadas un concepto estético/artístico denominado arte urbano, que ha llegado a representar incluso la iconografía de la ciudad misma. Este arte urbano ha desarrollado un sentido y un sentimiento de unicidad, ya sea por la singularidad de ellos artistas -tengan o no tengan renombre- o por el entorno mismo, dando así lugar a una gran galería, abierta para todos los públicos.

# El (no) arte y la protesta (urbana)

Más allá de su valor artístico y estético, el arte urbano no deja de ser un gesto transgresor con rasgos de activismo político y social de protesta que -más allá de los Banskys que se subastan en Nueva York- son reflejo de una sociedad, vista desde lo macro y desde lo micro. Y es en esta segunda opción donde se da la protesta más local y focalizada, la de los colectivos residentes en los barrios o la del vecino de la esquina, expresiones carentes a priori de cualidades artísticas con una enorme fuerza expresiva porque para sus autores el lienzo para protestar es la calle y la técnica es la intervención urbana.

¿Motivos? Muchos, aunque siempre prevalecerá el gobierno de turno y sus prácticas políticas y sociales: turistificación, *overturism*, etc.

Dotado de caligrafía básica y poco decorada, ausencia de paleta de colores y mensajes que no necesitan filtro, cada vez es más frecuente encontrarlo en balcones, paredes y en todo componente urbano que sea visible a ojos de las hordas de turistas, que cada vez más actúan de forma irrespetuosa y naif. Los centros de las ciudades son para los turistas parques recreativos temáticos, ignoran o quieren

ignorar que aún viven personas allí, y que para muchos es nuestro barrio y cuidamos de él.

TOURISTS ARE TERRORISTS | TOURIST GO HOME |  
TOURISTS FUCK OFF | UN TURISTA MAS / UN VECINO  
MENOS (...)

Y con esta no muy *cálida bienvenida*, que cada vez es más notoria y toma más fuerza en ciudades como Barcelona, Valencia, Sevilla o Madrid, el turismo desmedido nos ha traído la gentrificación y la especulación inmobiliaria hasta el punto de arrasar los barrios del centro convirtiéndolos en territorios casi yermos (con tan solo pisos de alquiler, restaurantes, bares y tiendas de souvenirs). Por eso, la protesta y el inconformismo son ya parte constante de fachadas, muros, vallas, etc. Esto se asemeja cada vez a una *guerra de guerrillas*. Y es ahí donde el elemento gráfico en las calles empieza a ser parte del arte urbano, como un grafiti sin más en un muro de nuestra ciudad, pero con la fuerza de una protesta.

# El (no) arte y la protesta (urbana)

Al final, como todo arte urbano, el *selfie* del turista -con estos mensajes- no está de más.

Nos vemos en Instagram.



Camino **Cabañas**  
Gestión pública y  
Comunicación política

En un panorama urbano donde predominan la rigidez de lo concreto y la funcionalidad técnica, que genera espacios tan impersonales como un mueble de Ikea, irrumpen las abuelas ganchilleras con materiales y elementos que sacuden el espacio público desafiando la monocromía.

Si no has oído hablar de ellas, ni del llamado *yarn bombing* (grafiti de hilo), te estás perdiendo un movimiento de activismo social y de expresión creativa que merece la pena conocer dentro del arte urbano.



**Las abuelas del ganchillo,  
revolución con aguja e hilo**

# Las abuelas del ganchillo, revolución con aguja e hilo

En varias ciudades del mundo, las abuelas ganchilleras revolucionan los espacios públicos con tejidos como el ganchillo, tradicionalmente asociado al ámbito doméstico y privado y que emerge como una práctica disruptiva que cuestiona y transforma o sirve como reivindicación climática (tejidos verdes como representaciones simbólicas), desafiando la separación tradicional entre lo público y lo privado al trasladar ese gesto cotidiano, cargado de historia, al corazón de plazas, parques y avenidas.

En sus manos, el *crochet* se convierte en un vehículo para humanizar el cemento y el acero, invadiéndolos con hilos y texturas tejidas que rompen con las convenciones establecidas. Cubren bancos, árboles y postes con una calidez que reivindica el espacio urbano como lugar de encuentro, creatividad y cuidado, dándole un nuevo uso y significado a los espacios compartidos. Proponen una nueva forma de interacción que combina arte, comunidad y resistencia cultural.

Desde una perspectiva filosófica, esta práctica puede entenderse como un ejercicio de resistencia frente al utilitarismo urbano. La disrupción del ganchillo radica en su capacidad para resignificar objetos y lugares.

Este acto subversivo obliga al transeúnte a detenerse, mirar y cuestionar: ¿Qué hace ese objeto decorado aquí? ¿Quién lo hizo? ¿Por qué? El ganchillo se convierte en una invitación a reconsiderar lo cotidiano y reflexionar sobre la naturaleza de nuestras ciudades: ¿son meros espacios funcionales o escenarios vivos para la creatividad y la expresión colectiva?

Esta técnica reclama su lugar en la esfera pública, desafiando no solo las jerarquías de género, sino también las de valor estético y cultural. Al introducir lo artesanal en el espacio público, el ganchillo propone un replanteamiento radical: la ciudad puede ser un espacio tejido con cuidado y memoria, no sólo construido con velocidad y eficiencia.

Además, su labor tiene un componente profundamente político. No son solo artistas, sino agentes de transformación social. Sus creaciones hablan de inclusión, de memoria y de comunidad en un contexto en el que las personas mayores suelen ser invisibilizadas en la vida urbana. Al apropiarse del espacio público, las abuelas ganchilleras no solo lo decoran, lo reivindican como un lugar en el que todas las generaciones tienen cabida.

# Las abuelas del ganchillo, revolución con aguja e hilo



En este sentido, el ganchillo se convierte en una herramienta disruptiva que va más allá del arte. Es un recordatorio de que el espacio urbano no es estático ni definitivo, sino un territorio en constante transformación, capaz de ser reinterpretado y rediseñado desde las prácticas más simples y humanas. En cada puntada, el ganchillo propone un futuro urbano más inclusivo, creativo y consciente, donde incluso los gestos más pequeños pueden desatar grandes cambios.

Sergio de Jaime  
Arquitecto

*La gente ha estado pensando demasiado tiempo que el arte es un privilegio de los museos y del rico*

*¡El arte no es un negocio! No pertenece a bancos e inversores de lujo.*

*El arte es alimento. No lo puedes comer, pero alimenta.*

*El arte tiene que ser barato y disponible para todos. Necesita estar en todas partes porque es el interior del mundo.*

*¡El arte le dispara al dolor!*

*¡El arte despierta a los durmientes!*

*¡El arte lucha contra la guerra y la estupidez!*

*¡El arte es para las cocinas!*

*¡El arte es como el buen pan!*

*¡El arte es como los árboles verdes!*

*¡El arte es como nubes blancas en el cielo azul!*

*¡EL ARTE ES BARATO!*





# ¿Por qué el arte barato?

Este manifiesto lanzado en 1982 por el colectivo artístico Bread and Puppet Theatre, ubicado en la localidad estadounidense de Glover, define su empeño en la democratización del arte. Sus representaciones, realizadas en la granja donde se ubican, siguen siendo gratuitas hasta el día de hoy y se definen a si mismos como anticapitalistas.

El Bread and Puppet Theatre surge como respuesta a los problemas políticos de la época y contra el proceso artístico sujeto a la aprobación académica propia de los museos, animando a la gente a participar de esta democratización.

Precisamente en esa encrucijada sigue ahora el arte callejero que transforma nuestro espacio urbano. Si en los años 60 y 70 grafiteros como Cornbread o Taki 183 empezaron a definir la transgresión en el hecho de marcar las calles, fue en los 80 cuando artistas como Jean-Michel Basquiat y Keith Haring llevaron esta expresión artística a los museos.

Independientemente de encontrarse en la calle o en un museo, el arte callejero tenía un marcado carácter político y un espíritu de rebelión propio de la época. La difusión de este estilo artístico fue rápida y democrática. Era fácil que cualquiera se identificase con los valores que representaba

y más cuando se encuentra en un lugar tan accesible como las calles, fachadas y plazas del espacio urbano.

Como cualquier acto político en sí mismo, es prácticamente imposible que el arte callejero no sufriese una apropiación y polarización provocados por ciertos sectores de la sociedad. Hoy en día en diversos artículos publicados en medios de todo el mundo se señala el arte callejero como uno de los mayores actores gentrificadores de nuestras ciudades, elevando el precio de la vivienda y los servicios.

*Sí, el mono gentrifica*

Este eslogan marca la obra callejera compartida realizada por Okuda y el artista portugués Bordalo en una de las esquinas mas representativas de la madrileña calle Embajadores en Lavapiés. La pregunta que debemos hacernos quizás sea, ¿qué fue primero?

El arte callejero ha sabido recoger tanto las expresiones artísticas de la rabia generacional como los encargos gubernamentales de ayuntamientos e instituciones con tal de lavar la cara del espacio público. Artistas callejeros actuales como Sfhir realizan tanto intervenciones espontáneas como encargos absolutamente excéntricos y millonarios.

# ¿Por qué el arte barato?



En un mundo absolutamente globalizado y capitalizado, parece que el arte urbano y callejero se encuentra en un constante tira y afloja contra los ideales originales que propiciaron su creación. Sin embargo, nunca perderá la capacidad de emocionar a cualquier persona que sea capaz de darse un paseo por su ciudad.

La característica firma del grafitero Taki 183 en el metro de Nueva York como parte del Instafame Phantom Art Project llevado a cabo por Nic 707.

# Homenaje a Sergio Naranjo

*El artista chileno falleció durante la elaboración de este número.  
Muchas gracias por dejarnos casi listos estos trabajos.*

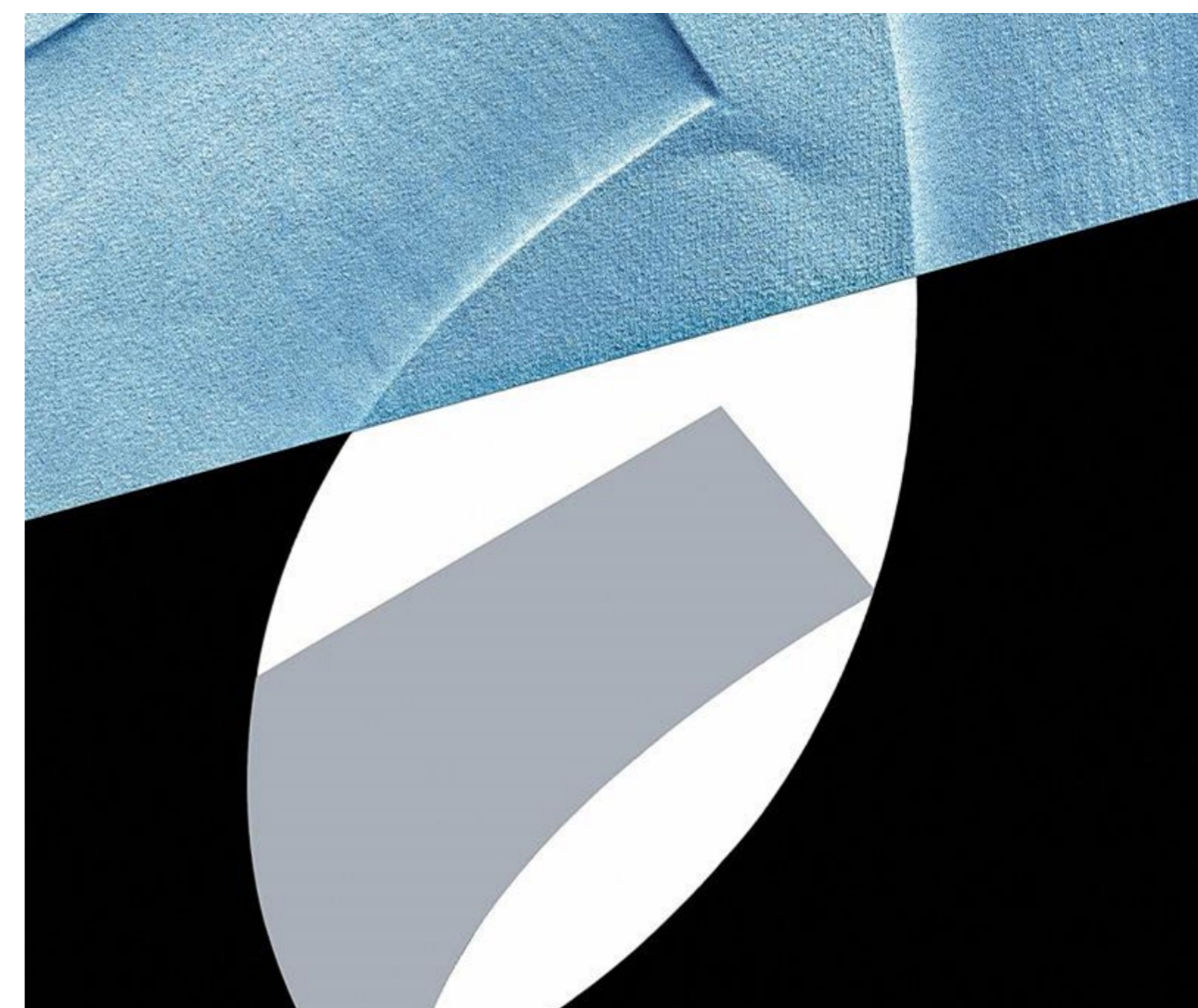
Mayo **Villasante**  
Historiador del Arte

A mi amigo otoñal, que me adoptó en mi viaje junto a su compañera Ana Lilia.

A un amigo guerrillero que me mostró las derrotas y mutilaciones sin dejar de luchar, que se exilió de su Chile natal a su México de corazón.

A un amigo artista que me mostró en su arte el humor y la provocación y que el arte todo lo puede cambiar,

Ahora, amigo, toca descansar en el jardín de las iguanas y las tardes soleadas. Sergio Naranjo más que un artista, es un guerrillero por la vida.





# Arquitect@s & Co #7

[www.arquitectosandco.com](http://www.arquitectosandco.com)  
[arquitectosandco@gmail.com](mailto:arquitectosandco@gmail.com)